Paul Groussac explica "La Divisa Punzó"

UN PREFACIO EXEGÉTICO Y JUSTIFICATIVO

Acaba de aparecer el texto del drama histórico en cuatro actos "La divisa punzó", de cuyo sonado éxito informamos ampliamente con ocasión de su estreno. Nada más útil para la comprensión de esa obra que la lectura del siguiente magnífico prefacio de su autor.

PREFACIO

Hoy 12 de septiembre de 1923, día en que me pongo a escribir unas líneas de prefacio para esta obra, cuya impresión toca a su término, veo en un cartel que se anuncia para esta noche la 90a. representación de "La divisa punzó". Así las cosas, no creo que sea temerario calcular—sin auxilio de la tabla de logaritmos—que la salida a luz del drama impreso podrá coincidir, la semana próxima, con la centésima de sus representaciones consecutivas, durante los dos meses y medio contados desde el estreno (6 de julio último) por la compañía Quiroga, en el teatro Odeón, de Buenos Aires. El feliz éxito teatral no es discutible, sólo que, para afirmarlo, sea necesario acudir a las exageraciones "reclamatorias" que lo pregonan como "un triunfo sin precedentes". Por lo demás, para demostrar que al autor no se le han subido a la cabeza las humaras triunfales, y, sobre todo, para cumplir el acto de estricta justicia debida a mis colaboradores, así en la preparación escénica de la obra como en su ejecución, me es grato reconocer la parte positiva que a unos y otros respectivamente, les corresponde.

La empresa Quiroga, desde luego, es acreedora a mi agradecimiento por la acogida entusiasta — el término no es excesivo — que sus directores tributaron a la pieza a raíz de la primera lectura, dándose cuenta inmediata, con su experiencia profesional, del hondo interés que para el público argentino presta el asunto, y, como ellos dicen, de su intensa "teatralidad". Sin pérdida de momento pusieron mano a la "obra", con toda diligencia, no ahorrando gastos ni esfuerzos en vista de la mejor preparación del drama y su más pronta realización escénica. Por cierto que, a este respecto, Buenos Aires no es París, ni siquiera ofrece los recursos "utileros" de Milán o Viena. Es tanto más meritorio haber improvisado todo el complexo aparato escénico que este drama histórico requiere — decoraciones, moblaje, indumentaria para un elenco de cuarenta personajes, los mil detalles de "mise en scène" que huelga mencionar, — lograndose en pocas semanas de febril actividad, vencer las enormes dificultades inherentes a la situación—desde la escasez de buenos actores nacionales hasta la exigüidad del escenario, totalmente inadecuado a piezas de espectáculo, — para realizar, como se ha hecho, una ejecución si no perfecta, por lo menos excelente bajo muchos aspectos, y en conjunto satisfactoria a juicio de los más exigentes.

Otro factor concurrente para el éxito, y por cierto de capital importancia, era el de la interpretación artística. Acabo de aludir a la escasez de verdaderos actores nacionales aquí donde la carrera teatral ha sido, hasta hace pocos años, profesión exótica, faltando todos los elementos para implantarla seriamente, desde la educación general de los aspirantes hasta la preparatoria y técnica que se adquiere en los Conservatorios de declamación. En condiciones tan adversas, — agregaré si ellas ciertos vestigios aun subsistentes de la antigua preocupación social adversa a esta carrera — no cabe esperar todavía la formación espontánea de actores genuinos, artistas dotados, según tengo costumbre, dejando en blanco una mitad de la página para las enmiendas y adiciones. Así se redactó la obra entera, en su forma casi definitiva durante el verano de 1922: el primer acto, en Carhué; el segundo — lo mismo que el cuarto o epílogo — en Buenos Aires; el tercero, en la estancia del sur de la provincia a que se refiere la dedicatoria, y no deja de ser curioso, recordando el contraste, que este acto el más sombrío y trágico de la pieza, se haya escrito al aire libre, en un ambiente de flores, a la sombra de las enramadas que tamizaban la mi media portátil, los rayos del sol, entre el murmur de los follajes y los gritos de los niños, más alegres que los gorjeos de los pájaros... Ya tengo indicado mi "modus operandi", que consistía — y consiste todavía — en reproducir cada mañana en el papel la escena representada por mis "fantoccci" nocturnos, con gestos y diálogos en el tablado ideal de mi reciente vigilia. De aquellas tinieblas sucesivas ha salido a luz el drama que hoy imprimo.

Volviendo a mi tema de los factores concurrentes al buen éxito de "La divisa punzó", tan lejos estoy de querer disimular o aminorar la parte que en él corresponde principalmente a la feliz elección del asunto, que antes, sobreponiendo el historiador al dramaturgo, me sentiría inclinado a exagerarla. Todos los que de cerca me tratan, me han visto y oído, siempre que se admita la posibilidad de renovar mi experimento teatral; tan tardío que parece extemporáneo), revelan mi escepticismo, repitiendo "Non bis in idem". Aunque mi segunda pieza — juración" de Maza, no sólo por su intensidad trágica, sino también por corresponder a un momento crítico de la dictadura. Tal sucedió, en efecto y no de otro modo preludió a su venida al mundo literario "La divisa punzó".

PAUL GROUSSAC

Con respecto al procedimiento observado en la preparación constructiva de la obra y a las circunstancias en que se produjo su elaboración, nada encontro más típico que recordar los datos y razones que formulé hasta antes del estreno y a los que la larga e inequívoca aceptación del público confiere hoy una suerte de sanción o visto bueno retrospectivo.

La primera precisión del asunto me ocurrió en Buenos Aires, a fines del año 1921. Inmediatamente me puse a trazar el escenario de la pieza, alrededor del complot de Manuel Dorrego, en la casa de 1821, al mismo tiempo que completaba mi documentación con la consulta de ciertos diarios de la época, cuyos extractos no figuraban en mis fichas. Sin más bagajes que el cuaderno así formado, empecé en la manera habitual de la escritura del texto, de primera intención, sin borrador, según tengo costumbre, dejando en blanco una mitad de la página para las enmiendas y adiciones. Así se redactó la obra entera, en su forma casi definitiva durante el verano de 1922: el primer acto, en Carhué; el segundo — lo mismo que el cuarto o epílogo — en Buenos Aires; el tercero, en la estancia del sur de la provincia a que se refiere la dedicatoria, y no deja de ser curioso, recordando el contraste, que este acto el más sombrío y trágico de la pieza, se haya escrito al aire libre, en un ambiente de flores, a la sombra de las enramadas que tamizaban la mi media portátil, los rayos del sol, entre el murmur de los follajes y los gritos de los niños, más alegres que los gorjeos de los pájaros... Ya tengo indicado mi "modus operandi", que consistía — y consiste todavía — en reproducir cada mañana en el papel la escena representada por mis "fantocci" nocturnos, con gestos y diálogos en el tablado ideal de mi reciente vigilia. De aquellas tinieblas sucesivas ha salido a luz el drama que hoy imprimo.

Volviendo a mi tema de los factores concurrentes al buen éxito de "La divisa punzó", tan lejos estoy de querer disimular o aminorar la parte que en él corresponde principalmente a la feliz elección del asunto, que antes, sobreponiendo el historiador al dramaturgo, me sentiría inclinado a exagerarla. Todos los que de cerca me tratan, me han visto y oído, siempre que se admita la posibilidad de renovar mi experimento teatral; tan tardío que parece extemporáneo), revelan mi escepticismo, repitiendo "Non bis in idem". Aunque mi segunda pieza — hipotética — resultase artísticamente superior a la primera, nunca jamás alcanzaría la suerte de aquella. Y la razón, que a veces omito por evidente, es que no puede existir para un público argentino un sujeto teatral que, como fuente de interés y palpitante emoción, se compare al drama histórico que pone en escena, como protagonistas, a Rosas y su hija Manuela, durante el lapso climatérico de los años 39 y 40. Comprenderá lo que aquí indico, sin necesidad de insistir, especialmente en las primeras representaciones de "La divisa punzó", el estremecimiento que por momentos sacudía al público entero ante la potencia evocadora de ciertas escenas, en que la honda verdad humana de la situación anacrónica resaltaba por el mismo colorido de la realidad histórica. Y declarando todo ello con franca y sincera ingenuidad, no afectaré agregar, con una falsa modestia que fuera hipocresía, que en mi opinión la estructura y el estilo de la pieza hayan tenido una parte insignificante en el éxito... Pero lo que en esto haya de cierto, otros se han encargado de decirlo, y mostraría en esos minutos de orgasmo psíquico capaz de alzarse ante el déspota paterno para defender la vida del que ama.

Cuando estas líneas vean la luz habrá llegado a la Habana, de paso para México, el insigne poeta, crítico e historiador don Francisco A. de Icaza. La obra de Icaza, en su variado y diversísimo aspecto, es de un alto valor en las letras americanas. Con ella, desde hace muchos años, está familiarizado el lector cubano, pues fué en una de nuestras más excelentes publicaciones la inolvidable "Revista Cubana", donde se aquilató, quizás por primera vez en una doctísima página crítica, de Enrique José Varona, las singulares excelencias del primer libro de Icaza: "Efímeras", colección de poesías de noble y muy personal inspiración.

Desde entonces no ha dejado de seguir nuestra crítica bibliográfica con un gran interés, con verdadero interés fraternal, la elaboración, segura y inaestra, de la obra del escritor mexicano; y no han pasado dos años desde que en estas mismas páginas se ocupaba "El Fígaro" de uno de los más sugestivos libros de Icaza como cervantista: "El Quijote durante tres siglos". Coincidiendo ahora con el viaje de nuestro eminente colaborador (muchas veces nos hemos honrado con la publicación de bellísimas páginas inéditas del señor Icaza), ha llegado a nuestras librerías su último libro, el "Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España". Se trata de una de esas obras tan indispensables para el estudio de la primera época de la colonización española en América. Es el producto de una reciente y afortunadísima investigación en el Archivo de Indias. Nombrado el señor Icaza, presidente de la Comisión mexicana de investigaciones y estudios históricos, no consideró su puesto como un nuevo título honorífico, sino que con los entusiasmos propios de la juventud y con la preparación sabia de sus años maduros, se trasladó a Sevilla, la ciudad *americanista* por excelencia de España, y del inagotable tesoro que encierra el Archivo de Indias extrajo las copiosas papeletas que forman el inapreciable diccionario del que pasamos a dar cuenta sucinta.

Nada expresa mejor la importancia capital del libro de Icaza como el sumario de la extensa Introducción, página maestra de crítica histórica, basada en su mayor parte en documentos contemporáneos, muchas veces inéditos, de los sucesos que relata. Dicho sumario es el siguiente: "De cómo por iniciativa individual, y a costa de particulares se hizo el descubrimiento y conquista de la América española". "Premios y recompensas que descubridores y conquistadores se otorgaban a sí mismos, a nombre de la Divina Providencia". "De que, en ese respecto, no fué excepcional la expedición de Hernán Cortés". "Repartimientos de indios, su implantación y sus vicisitudes". "Nuevas leyes con que se pretendía deshacerlos". "De por qué conquistadores, pobladores y frailes eran o pretendían ser encomenderos y del modo con que consiguieron mantener subsistentes los repartimientos". "Orígen de los escritos de méritos y servicios que forman el texto de este libro". "Enseñanzas de hecho que proporcionan". Estado social que revelan".

Aspectos totalmente nuevos en la historia de América se encontrarán en el libro de Icaza. Por el mismo sumario se ha visto la aportación, antes ignorada o poco conocida, a la obra de la colonización de Nueva España que tuvieron otras naciones de Europa, además de la descubridora: Portugal, Flandes, Italia, Grecia y sus islas. Claro está que se trata de simples colaboraciones particulares, pero que en una obra tan individual como fué la conquista son muy dignas de tenerse en cuenta. De estas aportaciones particulares ninguna puede tener mayor interés para nosotros que la que presta un desconocido cacique de Cuba, Diego de Valvuena, que al frente de cuarenta vasallos va de Cuba a México interviene en su conquista y por ello recibe después una pensión vitalicia del gobierno español (véase pág. 163 del tomo primero del diccionario).

Los memoriales extractados que forman el diccionario muestran también de manera evidente que no fué la conquista obra de una determinada región ni de una sola clase social, como con una ligera generalización se ha dicho más de una vez. Junto a los simples aventureros que confiesan sin ambajes, con el genovés Domingo Díaz, que "por salir muy muchacho de sus tierras no se acuerda de quien fueron sus padres", hay nobles como Hernández Puertocarrero, primo del Conde de Medellín, caballero preminente y algunos de más alta cuna, como don Luis de Castilla, cuarto nieto del rey don Pedro I y doña Juana de Castro, y forman legión los que, como Agudez se reclaman hijosdalgos de solar conocido. En el inventario de curiosísimas noticias que forma la sabia introducción del señor Icaza pocas tienen una importancia más sugestiva como el extracto de una página de los memoriales de Motolinia que hasta hoy ha pasado inadvertida de todos los historiadores de México. Decía el antagonista de Las Casas, después de alabar la riqueza de la tierra, "que tiene en sí aparejos para fructificar Europa y América", algo que es verdaderamente sorprendente, algo que muchos veces dijo el Emperador Carlos V: lo necesario que era la independencia de México con un príncipe español por Rey. Las palabras textuales de Motolinia que copia el señor Icaza son así: "Ello que esta tierra ruega a Dios es que de mucha vida a su rey y muchos hijos para que le de un infante que la ennoblezca y prospere, porque una tierra tan grande y tan remota no se puede bien gobernar de tan lejos, ni una cosa tan divisa de Castilla ni tan apartada no puede perseverar sin padecer gran desolación e ir cada día desmedrando por tener consigo a su rey y cabeza; e pues Alejandro Magno dividió y repartió su Imperio con sus amigos, no es mucho que nuestro rey parta con hijos haciendo en ello merced a sus hijos y vasallos".

Vana tarea sería la nuestra de enumerar las muy ricas novedades que tiene el reciente libro de Icaza. No debe faltar el mismo como una de los más preciosas fuentes de la historia de la colonización en ninguna biblioteca americanista. Con él ha dado nuevo testimonio el eminente crítico del espíritu moderno y severo que anima sus investigaciones. El debe servir de ejemplo a las futuras tesis de recopilación que solo pueden ser fecundas cuando junto a la tarea de copista aparece y plenamente se desenvuelve la del comentarista, que avalora y reanima por obra de su interpretación personal, el viejo texto olvidado.

(De *El Fígaro*, Habana).

Una Anécdota de Rubén Darío

El divino autor de "Prosas Profanas" era un hombre de quien con toda verdad pudieran decirse aquellas palabras de "Bienaventurados los mansos..." Su temperamento estaba reñido con la ira.

Cuando la envidia, la malversación, la inquina, lanzaban contra él sus acerados venablos, se contentaba con mirar su coraza, sabedor de que contra ella se romperían todas las flechas.

Una vez, sin embargo, la copa de paciencia del Maestro se llenó hasta el borde.

Muchos de los que por delante le adulaban, por detrás le vituperaban.

¿Qué hizo entonces Darío? ¿Acaso, el, que tenía sus puntos quijotescos, los citó a duelo?

No. Se alejó de aquella ciudad Corinto, pero después de haber hecho callar a sus enemigos.

—¿Cómo? — preguntaréis

—Con octosílabos. Es decir, con una sencilla décima. Oidla:

"Ve un zorzal a un pavo real
que se extiende y gallardea;
le mira la pata fea
y celoso, el reptil animal!
sin ver la pluma oriental
del pájaro, papanatas...
Gentes torpes e insensatas
son otros tantos zorzales...
que si encuentran pavorreales
sólo les miran las alas.
¿No es verdad que no se debe jugar con fuego?

El mexicano Francisco A. Icaza ha publicado un libro fundamental de Historia Americana

por J. M. Chacón y Calvo

Las sentencias de Vargas Vila

sobre politicos y literatos de Nuestra América

De una entrevista que acaba de tener el literato mexicano Alfonso Camín con Vargas Vila, en Madrid, y que publica *Revista de Revistas*, de México de 25 de febrero, tomamos los conceptos que siguen:

"Darío no dejó ninguna composición inédita. Me consta. Esas torpezas líricas que achacan a Darío como el libro "Alfonso XIII" y los versos a Francisca Sánchez, son oropeles póstumos que no escribió Darío. Combinaciones editoriales de la Paca, Juanito González Olmedilla y otros despojadores de Rubén, para explotar a los editores en nombre del poeta muerto... Darío, como hombre, era acreedor a cierta ignominia; pero el poeta no merece ese ultraje a su memoria. El ayuntamiento de Madrid acaba de hacer a Darío poeta municipal. El lugar común le persigue más allá de la muerte. Sus imitadores le dejan campo. Ahora le archivan en la cripta municipal. Pobre Darío!"

Al hablar de Nervo, dijo:

"El Abate Kempis era un poeta inofensivo. No pudo llegar a discípulo de Ignacio Loyola. Nervo murió virgen. Hizo bien. Hubiera deshonrado el pecado . Era inofensivo como José de Eli, el carpintero de Nazareth; infecundo como la mula del Nacimiento".

Hablando de México, dice:

"Después de Bolívar, América sólidió un genio político: Obregón. El y Bolívar son como un coloquio de águilas en la cresta de los volcanes de América. El mundo actual no tiene más que dos genios políticos: Obregón en América; Lenin en Europa. Obregón es tan grande como Lenin y es superior a Trotzky. Esa aurora roja abrasará el ojo sajón".

De Gómez Carrillo, dice:

"Gómez Carrillo es un cronista atildado. Políticamente, es limpiabotas de las Embajadas de la Argentina y del Brasil".

Hablando de sí mismo, expresa.

"Las atenciones, las reverencias, las adulaciones de la gente inferior, me ponen los nervios de punta. Entre Vargas Vila hombre y Vargas Vila escritor, tiene que haber una línea divisoria tan grande como el mar que separa a la América de Europa. En este sentido, yo soy enemigo personal de Vargas Vila".

"CORDOBA DEL RECUERDO"

Un libro hermoso de Arturo Capdevilla

Capdevila es, sin duda, uno de nuestros escritores más interesantes. Es esencialmente poeta; y tiene del historiador, del maestro, del dramaturgo, del novelista, del filósofo; de suerte que su producción, con no ser todavía muy abundante, corre, valga el decir, por todos esos variados campos de la labor literaria, siendo lo más notable que en todos ellos la cosecha — para seguir con el simil agrario — es siempre de lo mejor. En este último libro el señor Capdevila ha reunido los artículos que publicó no hace mucho en *La Prensa* y en los cuales cuenta con emoción y gracia, sus recuerdos de infancia, que son los de una niñez que pasó en Córdoba, su ciudad natal. La resurrección de esa Córdoba con sus peculiaridades de ciudad devota algo adormilada en la intensidad de su vida interior, es por cierto extremo feliz, y confirma una vez más los muchos méritos del autor, que ha anunciado para dentro de poco un libro sobre los Hijos del Sol, cuyas primicias, siquiera parciales, tuvieron no ha mucho los años mismos de la Exposición conmemorada Junta de Historia y Numismática. Pero aparte con motivo de la incorporación del señor Capdevila a su amplio y blando seno maternal.

Historia, Progreso, Porvenir.

por José Ingenieros

I. - HISTORIA

I. — *La historia vive es una escuela de renovación.* Nada hay estable, ni inmóvil, ni eterno, en lo humano; todo punto del pasado fué palestra de hombres que anhelaron dominar, transmutar o construir, inspirándose en ideales y pasiones que forman la movediza trama de la historia viva. De mentira y convencionalismo es, en cambio, la urdimbre de la historia muerta, olimpo de fetiches embalsamados por los que medran de exhibirlos a la veneración de los ignorantes. Aquélla alimenta una tradición de incesantes rebeldías contra dogmatismos opresores; ésta alinea una tradición de fantasmas que decoran los panteones de la posteridad.

La justa comprensión del pasado enseña a militar en el presente y a prever el porvenir, porque la historia viva de una raza se compone de victorias y derrotas, triunfando hoy la infamia y mañana la justicia, encendiéndose pueblos enteros en una fe común o riñendo a muerte sus facciones por credos inconciliables, de cuyo trágico chocar cobran realidad las aspiraciones de los hombres mejores. La historia muerta es monumento erigido sobre el barro de la falsía para honrar bajo una misma cúpula al redentor y al tirano, al héroe y al bandido, al corruptor y al apóstol, sumando en una inmoral apologética todo lo que fué, nivelando cumbres y abismos.

Es cualidad primaria del historiador la probidad, pues si sólo no basta, todas las demás son estériles sin ella; tanto más repulsiva es la mentira cuando mayor prolijidad se advierte en su disfraz erudito. Es de alabar, sin duda, el sutil esclarecimiento de controvertidas minuciosidades, que pueden ser útiles claves de algún episodio del pasado inmenso; pero más loable es el valor de calificar y medir, enseñando a venerar varones ejemplares y a aborrecer bastardas medianías. En la historia viva los servidores de un despotismo no son iguales a los rebeldes que lo combatieron, ni se confunden los que medraron del error con los que inquirieron la verdad, ni se asemejan los que lucraron de ocultar sus principios con los que sufrieron por serlo fieles. Miente toda historia muerta que tiene igual sanción para los mártires y para los verdugos, para los que han muerto en las hogueras y para los que las encendieron, para los que fueron víctimas de los sicarios, como si el patriotismo de la posteridad fuese el Jordán de los peores. La historia sin sentido moral es una máquina de necedades; rebaja a los dignos justificando a los miserables.

II. — *Cada generación debe repensar la historia.* Los hombres muertos dos se la entregan como herencia yacente, acomodando los valores históricos al régimen de sus intereses creados; es obra de los jóvenes transfundirle su sangre nueva, sacudiendo el yugo de las malsanas idolatrías. La historia que de tiempo en tiempo no se repensara, se convertiría en víva en muerta, reemplazando el zigzagueo dramático del devenir social con un quieto panorama de leyendas convencionales.

Serpentean en todo suceso fuerzas contradictorias cuya valuación es función primordial de la historia viva. Lo que en su hora contuvo gérmenes vitales merece el culto de los jóvenes y de los pueblos viriles; lo que fué resistencia de algo que pujaba por no morir, debe aún halla adhesión entre los anciano y las razas decaídas. Conviene que la juventud venere lo mejor del pasado, lo digno de ejemplificar el presente; pero conviene más que sepulte las tradiciones regresivas que en su tiempo fueron dañinas y hoy serían peores, si aparteran a la juventud de su misión renovadora.

Es fuerza escudriñar el ayer para inquirir cuáles virtudes son dignas de cultivarse mañana; pero desear su continuación integral es absurdo, pues sobrevivirían también sus vicios, empeorados por el tiempo En la historia de los pueblos toda parálisis es signo de muerte y toda restauración es un apagamiento; de las cenizas nada renace, ni costumbres ni instituciones. Las ruinas, emocionantes para el artista y evocadoras para el sabio, son yermos testigos de grandezas pretéritas que nunca podrán resucitar; refugiarse en ellas es sepultarse en vida.

Rinda culto la juventud de nuestros pueblos a los grandes hombres que lucharon por la emancipación política, por el ascenso ético, por la justicia social, manteniendo la continuidad del espíritu renovador en el curso de la historia. Nació la conciencia revolucionaria con el anhelo de la independencia, triunfo derribando el feudalismo colonial, fué enriquecida por obra de pensadores y estadistas, renació en cada nueva generación, y fué el núcleo de ideales sin cesar integrados por las minorías ilustradas. Ame la juventud ese pasado en marcha y subraye admirativamente sus valores: en la historia de los pueblos nuevos; pero sólo será justa si al mismo tiempo reprueba a cuantos obstruyeron la obra secular, pues los que fueron ayer sus enemigos hoy y mañana lo serán por fuerza.

III. — *Todo tiempo futuro será mejor.* Si lo pasado fué lo único posible, podrá concederse que acaso fuera lo mejor en su tiempo; pero como siempre y cíoquiera la realidad social varía, legítimo es que lo venidero sea mejor que lo precedente, en función de las variaciones sociales por venir. Suponer que variando las condiciones puede permanecer invariante lo condicionado, equivale a creer que en la era actual podrían seguir viviendo las extinguidas faunas del terciario.

Revelan su agotamiento los que declaman las excelencias del pasado y tiemblan de ira ante la inconclusta juvenil, como si el infortunio de encanecer acrecentara méritos y estableciera preeminencias. La vejez sólo es respetable por la cantidad de juventud que la precedió; cada nueva generación debe amar a los viejos que en su tiempo supieron ser rebeldes y admirarlos si acometieron empresas dignas de admiración sin que ello obligue a nada, para con los que desperdiciaron su vida. Deliran los seniles que miran su senectud como un título para dar consejos a los jóvenes que no se los piden; quien no supo pensar los problemas de hace medio siglo mal podría estar capacitado para comprender los actuales o sospechar los futuros.

Si la actitud optimista frente a la vida exige fe en la perfectibilidad social, toda quimera generosa, insurgente clarinada, libertador anuncio, merece tener un eco romántico en cada generación que anhela agregar un capítulo a la historia viva. Pensar en lo que vendrá es pecar espuelas hacia ello y cooperar a su advenimiento; sólo honran a su pueblo los que nada omitieron para elevarlo al rango de los mejores.

II. - PROGRESO

I. — *La variación social es obra activa de minorías pensantes.* El progreso no resulta del querer de las masas, casi siempre conformistas, sino del esfuerzo de grupos ilustrados que las orientan. Los ideales comunes, representados por la conciencia social, no son igualmente sentidos por todos los miembros de una sociedad; solamente son claros y firmes en los núcleos animadores, que prevén el ritmo del inmediato devenir. La capacidad de iniciar las variaciones necesarias, presionando la voluntad social, suele ser privilegio de hombres selectos que se anticipan a su tiempo. Todo progreso histórico ha sido y será obra de minorías, ante la inercia pasiva de los más, obedientes por igual a cualquiera de los vencedores.

Cada variación implica un desquilibrio de los intereses creados y tiende hacia un nuevo estado de equilibrio; el proceso de sustitución se acompaña de crisis que implican un transitorio desorden, condición preliminar del advenimiento de un orden nuevo. En el devenir social sólo merece el nombre de Revolución tal cambio de régimen que importe hondas transformaciones de las ideas o radicales desplazamientos de los intereses coexistentes en la sociedad; no es lícito confundir su gesta palengenésica con los motines o turbulencias que convulsionan la vida del Estado político

El desequilibrio de un régimen se inicia por insurgencias individuales no exentas de peligro, por cuanto importan un desacato al conformismo convencional; si esas variaciones corresponden al devenir efectivo, los ideales nuevos que las inspiran encuentran ecos centuplicadores, clarean espíritus, ensamblan voluntades, hasta que la minoría renovadora adquiere capacidad para presionar a la mayoría neutra y quita al fin el contrarlor del Estado a la minoría enmohecida ya por la rutina.

II. — *La herencia social es pasiva resistencia de inconscientes mayorías.* Las fuerzas de variación tienen su enemigo militante en las minorías conservadoras, pero detrás de éstas actúa su aliado invisible, indeterminado, anónimo, cien veces más poderoso, doscientas más eficaz: los hábitos sedimentados en la rutina de las mayorías, que de una en otra generación, de uno en otro siglo, heredan, amalgamados por el tiempo, ciertos caracteres que obstruyen la adquisición de otros nuevos.

La inercia mental de los más obra como peso muerto frente al variar de la realidad y la sensibilidad, que impulsan su ritmo. El conformismo nace de los hábitos que acomodan la voluntad a la menor resistencia; toda variación que altere el actual estado de equilibrio perturba sus hábitos y plantea dificultades imprevistas que requieren un nuevo esfuerzo de adaptación. En el orden social la rutina representa acomodaciones ya automáticas, opuestas a cualquiera renovación que exija actividades inteligentes; las mayorías amorfas inducen al bovino cansancio que promueven las minorías pensantes, porque para ellas todo cambio es trabajo presente cuyos beneficios ulteriores no sospechan. Son, por ende, enemigas del progreso, sin perjuicio de aprovechar más tarde los cambios realizados por el exclusivo esfuerzo ajeno.

Los hombres viejos son personalmente refractarios a toda novelería, como las viejas castas lo son en la sociedad y los pueblos viejos en el mundo. Esclerosado ya su armazón ideológico, siguen viviendo en los límites más próximos a la inercia y toda variación amengua sus posibilidades vitales.

La desherencia es indispensable en toda renovación y esta sólo es posible en la justa medida en que aquélla se realiza. El lastre hereditario enmohece los cerebros y permite que opiniones históricas inactuales sigan teniendo partidarios; anchas masas humanas profesan creencias que otrora fueron ideales y hoy son ya supersticiones.

Mientras la mentalidad social no se purgue de residuos ancestrales no pueden arraigar en ella las ideas nuevas que son su negación. Los ciclos de la historia son para los pueblos como los cambios de estación para los árboles; conviene poder las ramas secas para que rompa la gemación con más pujanza.

III. — *El progreso es un resultado de la lucha entre la variación y la herencia.* Lo que resiste a morir se opone a lo que necesita nacer. Los hombres y las instituciones achacosas son obstáculos al devenir de hombres e instituciones viriles. Lo ya inadaptable estorba a toda nueva adaptación.

Se realiza un progreso particular cada vez que el variar logra una victoria sobre lo heredado; y el progreso, en general, es la serie de victorias obtenidas por la inteligencia sobre el hábito, por el ideal sobre la rutina, por el porvenir sobre el pasado.

La historia enseña que toda crisis revolucionaria deja un saldo favorable al progreso, aunque generalmente inferior a las esperanzas que la precedieron. Los ideales de la minoría pensante se rebajan su ley al ser incorporados a la experiencia social, perdiendo en intensidad lo que ganan en extensión; al tomar contacto con la mayoría pasiva que los acata, sólo consiguen modificarla a precio de la propia modificación, mediante un intercambio recíproco en que la herencia limita parcialmente la variación.

No es uniforme, aunque continuo, el ritmo del progreso; alternanse períodos de afiebrada renovación con fases de estabilidad relativa, que por contraste parecen reacciones, aunque son momentos menos acelerados de un mismo devenir. En los primeros todo tiende a variar originalmente, cuidándose a los cambios operados en la realidad social; reina un clima ético propicio al florecimiento de la genialidad y la expansión de las minorías idealistas. Durante las segundas se acumulacen las ideas y sentimientos, predominando en las costumbres lo que tiene más raigambre ancestral; el ambiente es adecuado al medrar de los medianos y las mayorías sin ideas les prestan su hombro al tradicionalismo conservador.

Ningún progreso sería posible en las instituciones si las fuerzas activas que lo determinan necesitaran para actuar el consentimiento de las masas pasivas; es función propia de éstas resistirlo y no lo ignoran los conservadores al ampararse en su consentimiento. Los más altos problemas de la política gitaran en torno de la voluntad atribuida a mayorías que no tienen ninguna; pues se limitan a servir a quien detenta la máquina del poder. Negar a minorías activas y pensantes el derecho de imponer sus ideales a mayorías que los ignoran, los temen o los rechazan, es ignorar toda la historia pasada y proscribir todo progreso futuro.

III - PORVENIR

I. — *Lo presente es pasado o porvenir.* La estabilidad discontinua es ilusoria abstracción; todo lo que llega a nuestra conciencia es continuo, se sucede, dura, deviene. Cuando en lo que pasa ante nuestros ojos creemos percibir una forma estable, ya ha dejado de ser; en la línea espacial que objetiva el concepto del tiempo, el presente es un punto sin dimensiones que separa lo inmediato pasado de lo inmediato venidero, lo que se hunde en la memoria y lo que se prevé en la imaginación. Nada es actual, nada cabalga la hipotética arista en que se intersectan el plano de lo que fué y el de lo que será. Se vive en continuo porvenir; quien viviera del pasado y en el presente habría dejado de vivir.

JOSE INGENIEROS

En la más breve ilusión del presente refunden los hombres una pequeña parte del pasado y del porvenir más próximos, la que su conciencia no logra aun distinguir como recuerdo y la que todavía no reconoce como previsión. Un segundo o un día parecen presente al individuo; un año o una generación, a la sociedad. No es creíble, por ello, que exista un presente real, pues en lo que día y el creerlo ya ha sobrevenido el porvenir.

En la vida social suele hablarse de un presente relativo., pero aún así cada generación vive un minuto fugaz de un tiempo sin límite conocido; nada comienza ni termina con ella; su obra es tender un puente y pasar, para que en el punto de llegada sobrevenga otra a renovar su esfuerzo.

Toda acción actual sería energía perdida para la sociedad si no tendiera a finalidades venideras; y, en rigor, todo lo que se quiere para el presente se realiza ya en el porvenir. Se comprende, en tal sentido, el llamado espíritu conservador no actúa para conservar el pasado, que ya no existe, sino para retardar el porvenir que deviene contra su deseo.

Se vive en un futuro continuo y toda ligadura del pasado es una atenuación de posibilidades; cuanto han capitalizado los ancianos en su memoria y los pueblos en su tradición, tanto disminuye su vitalidad creadora y fecunda para plasmar el porvenir. Solo puede afirmar que ha vivido una generación que deja a la que vendrá más de lo que recibió de la precedente; no merecen cosechar la miés de hoy los que siembran la simiente de mañana.

II. — *Los forjadores del porvenir son inactuales.* Viven en el tiempo más que en el espacio, porque al primero corresponde lo que deviene y al segundo lo que es; no se ensanchan en el hoy, no viven para el mañana. En vez de aplicarse a usufructuar lo que ya es, obran en la dirección de lo que va siendo; son audaces arquitectos de culturas en que otros se morarán como forzados locatarios. En el presente relativo viven en función de lo futuro, pensándolo, predicándolo, amasándolo, sin reposar jamás; en las ciencias, en las artes, en la acción, marchan a la avanzada de sus contemporáneos, prolongándose imaginariamente hasta la etapa inmediata del humano mudar sin término.

Si un pueblo es vital y tiene un destino histórico que cumplir, un ciclo que recorrer, sus grandes hombres lo prevén y lo interpretan, anticipándose con el pensamiento a la realidad que otros alcanzan a vivir. La palabra del precursor empuja a muchos, como si fuera ala puesta en el talón de cuantos pueden marchar. En vano los que nada piensan ni hacen para el porvenir le mostrarán las manos listas para lapidarle, que esa es la prueba crucial del genio; si lo es de verdad, forjará sin desmayo, centuplicando el esfuerzo cada vez que se duplique la resistencia.

Un pueblo que acorta el paso ha cesado virtualmente de vivir; se encierra en lo que es y contemplando lo que ha sido, renunciando a las posibilidades de ser más o mejor. Los hombres representativos de sus ciencias y de sus artes se desorientan, pierden el rumbo, tantean fuera del mundo, como ciegos videndos videntes cuando ya son estráticos; en vano intentan probar caminos, pues, cambiar el derrotero no es seguir adelante, ni basta cambiarlo para adelantar.

Los pueblos que siguen una vida ascendente confían más en los proyectistas audaces que en los guardianes de museos; cuando esa confianza reina en la conciencia social los visionarios del porvenir culminan, como acero atraído hacia la cumbre por el imán de lo que vendrá.

III. — *Donde hay juventud hay porvenir.* Todo lo que es viviente nace, crece y muere: los hombres, las generaciones, los pueblos, las razas, las especies. El superticioso teorema de la inmortalidad humana ha inspirado el corolario de la ilusoria estabilidad social, como si en toda la realidad pasada no advirtiéramos el sucederse de juventud y vejez, grandeza y decadencia, formación y muerte.

Los pueblos viejos, como los hombres, se envanecen de su pasado y desdeñan a los que, por jóvenes, nada parecen ser en el presente, aunque todo pueden devenir en el futuro. La exigüidad del pasado es, precisamente, el tesoro de los pueblos jóvenes, capaces de ser núcleos de nuevas culturas; su destino está en defenderse de la venalidad tradicionalismo que intente envenenar las fuentes vivas que acrecerán el cauce de su venidera grandeza.

La juventud de los pueblos nuevos debe vivir en tensión hacia el porvenir, más llena de esperanzas que de recuerdos, de ensueños que de leyendas. Mire con ojo amigo a las viejas extirpes que le ofrecieron de sus ubres las savias iniciales; pero no olvide que si es provechoso heredar algunas fuerzas para plasmar el porvenir. Solo puede afirmar que ha vivido una generación que deja a la que vendrá más de lo que recibió de la precedente; no merecen cosechar la miés de hoy los que siembran la simiente de mañana.

III. — *Los forjadores del porvenir son inactuales.* Viven en el tiempo más que en el espacio, porque al primero corresponde lo que deviene y al segundo lo que es; no se ensanchan en el hoy, no viven para el mañana. Ignoran, los temen o los rechazan, es ignorar toda la historia pasada y proscribir todo progreso futuro.

JOSE INGENIEROS: Simulación de la locura.
(8.ª Edición, revisada por el autor).

La simulación de la locura, en general, como medio de lucha por la vida. — Sobrevaloración y disminución en alienados verdaderos. Constitución patológica de los simuladores. — Concepto clínico y jurídico de la locura y de la simulación. — La psicología de los delincuentes y la simulación. — Formas clínicas de la simulación. — Caracteres de los locuras simuladas. — El delito en los alienados y en los simuladores. — Caracteres diferenciales de los delitos de los alienados y los simuladores. — Posición ante la medicina legal. — Reformas legales que determinan la simulación.

1 vol. in-8.°, de 400 páginas ..... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Historia y sugestión.
(5.ª Edición, revisada por el autor).

Concepto y patogenia de la histeria. — Accidentes somáticos y convulsivos. — Los paroxismos histéricos. — La hemiplejía histérica. — La estasia histérica. — Las tres histerias. — El hipo histérico. — El mutismo histérico. — La afonía histérica. — Trastornos séricos de la histeria. — Abulia histérica y disgregación de la sugestión y del hipnotismo.

1 vol. in-8.°, de 340 páginas ..... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Criminología.
(7.ª Edición, corregida por el autor).

Coordinación metódica de los principios fundamentales de la criminología sintetizados por el autor en numerosos estudios. — Los factores del delito. — La Escuela Positiva. — La legislación penal contemporánea. — La